

La novela mexicana en el siglo XIX, época en la que arranca en definitiva ese género literario y llega a su apogeo, presenta algunos casos en los que se suele seguir con interés la concepción y el tratamiento que se da a algunas minorías, en el caso concreto, las religiosas. La imagen del otro ser que diverge por su ascendencia religiosa del resto del prójimo, no podía olvidarse por los escritores decimonónicos, quienes reflejaron en sus narraciones a todos y cada uno de los componentes de la sociedad de su tiempo.

En el siglo XIX en el que la nación logró su independencia y se definió como Estado nacional, el conglomerado social era como un mosaico en el cual podían distinguirse, bien delineados, algunos de sus integrantes. La diferenciación socioeconómica que tres siglos de dominación colonial habían producido y que estaban perfectamente marcados, persiste en la literatura nacional en la cual se observan diversas categorías: vencedores y vencidos o indios y españoles, pero también son palpables las categorías del mestizo y del criollo y los elementos minoritarios como los negros y sus variantes, y los orientales.

Teniendo la novela mexicana un sentido francamente nacionalista, el tratamiento que se da a esos grupos es diferente. Se ponen de relieve los valores sobresalientes del indio: heroicidad, valor, lealtad, capacidad de sufrimiento y dura resignación y se le pinta lleno de esperanza en un futuro mejor, anhelante de recuperar la libertad perdida, fiel a la mayor parte de sus antiguos ideales: libertad, derecho a constituirse, solidaridad, etcétera, pero nadie piensa en una vuelta a la religión, a los antiguos cultos. Se acepta como mejor la religión impuesta, la creencia cristiana. El criollo, que representa la unión del conquistador con la tierra, tiene papel preponderante, no es el dominador brutal sino el producto del conquistador valiente engendrado en la tierra mexicana, y

aun el nacido de madre india, pero asimilado a los peninsulares por la aceptación que de él se hace, por la incorporación a un estrato social, económico y aun cultural superior. Este mestizo, que se acriolla por esa incorporación, representa el elemento mejor, más importante y más simpático de la novela mexicana. El mestizo que se asimila al criollo por la aceptación del padre y el otorgamiento de un nivel superior al del indio, es igualmente bien tratado. Muchos mestizos aparecen retratados con características que se estiman un tanto degenerativas o mejor dicho, de defensa por su condición, como la molicie, la travesura, la pereza, la picardía y aun el dolo, la hipocresía. El criollo, a cuya categoría pertenecieron la mayor parte de los novelistas mexicanos, es el mejor pintado y así resulta ser leal, honesto, trabajador, buen creyente, sincero. El español se presenta a veces adornado por sobresalientes virtudes, pero a menudo posee los defectos del dominador: cruel, ambicioso, déspota, iracundo, un ser cuya ansia de poder y dominación corre paralelo con su sentimiento de superioridad, con el desprecio que siente hacia quienes no tienen la misma sangre, el mismo origen, costumbres y creencias. Él es el que impone los cánones diferenciales, quien mantiene por grado o por fuerza los sentimientos y creencias que deben prevalecer en la sociedad.

Los otros grupos, negros o asiáticos son tanto en la novela como en la realidad auténticas minorías, más los segundos que los primeros. Poseen los elementos culturales extraños y nocivos, como las prácticas de hechicería, el cultivo de la magia, la alianza con los espíritus del mal.

Dentro de esos estratos encontramos muy diversas categorías que responden a diferencias culturales, político-administrativas, religiosas y económicas como los nobles, ricos o pobres, los funcionarios civiles y eclesiásticos, los letrados o los hombres de espada, los comerciantes, los hijosdalgo, los letrados o los hombres sin oficio ni beneficio, doncellas, monjas, alcahuetas y naturalmente las heroínas y los héroes de la novela. Generalmente en esos variados personajes se encarnan amplificadamente los servicios y virtudes de los grupos sociales que representan y también se ponen en ellos las características que les asigna el credo ideológico de los autores.

Como todo el siglo XIX está impregnado de liberalismo y de nacionalismo los ingredientes que aparecen mezclados las más

de las veces, los participantes en las novelas, están teñidos de las cualidades y defectos que se suponen deben tener los seres de credo liberal y patriotas, o por el contrario aquellos que representan el viejo orden, los miembros del grupo de dominadores crueles y ultrarreaccionarios, los individuos pertenecientes a un clero retardatorio e ignorante, a un grupo burocrático mañoso, deshonesto y trapacero. En esta diferenciación, un tanto maniquea, pueden darse ciertas variantes, pero la caracterización de los grupos arrastra consigo en la mayor de las veces, la posición ideológica, real o exagerada, cruda o mitigadamente que los autores tienen. Así la pintura de los funcionarios tiránicos y atrabiliarios, de los miembros de una vieja aristocracia llena de prejuicios, de representantes de instituciones retardatorias instrumentos de la tiranía y del obscurantismo, como la Inquisición; o bien el carácter inteligente, penetrante, astuto, dado a emplear todos los medios con tal de lograr una causa que consideran justa, como los miembros de la Compañía de Jesús, es la objetivación de los ideales y valoración que el grupo liberal tiene y hace de una sociedad anquilosada, o de un sistema de gobierno contra el que lucha.

Los criollos están pintados con agradables colores y poseen condiciones que los hacen simpáticos. A más de representar en muchas ocasiones a las víctimas del sistema que se trata de destruir, poseen altos ideales: laboriosos, honestos, inteligentes, patriotas. Los eclesiásticos pertenecientes a este grupo son hombres abiertos al cambio, ilustrados, abnegados, que luchan por acabar la discriminación que el alto clero, el clero metropolitano y reaccionario hace de ellos, desestimando su inteligencia y preparación.

Los mestizos o son el pícaro noble, inteligente, hábil para toda clase de aventuras a las que el bien se impone, o por el contrario, ostentan un carácter degradado, corrompido por los vicios y la miseria y sirven de ejecutores de las decisiones de los perversos. Los negros por su fuerza, destreza, ansia de romper las cadenas que los tuvieron sujetos, o toman parte en el grupo de los buenos auxiliándolos, o están agrupados en las penumbras que el mal y los malos forman.

Todos estos personajes, excepto cuando se trata de una novela de tema indígena, profesan el cristianismo, son católicos de espíritu abierto y limpio, o ultramontanos de mente cerrada a toda innovación, fanáticos; pero también en esta so-

ciudad se dan elementos heterodoxos, aparecen minorías que profesan no la religión del islam ni el credo protestante, pues éste, está ligado ya en esta época a la modernidad, a la tolerancia, a las sociedades progresistas. Las minorías de que hablan nuestros escritores son las de ascendencia judía, las que practican la ley mosaica, las que derivan de un grupo que por razones de cultura y de religión está teñido de ignominia. La condición económica o social de este grupo no importa, tampoco la cultura ni étnica; interesa sólo su filiación al grupo judío, proscrito por la sociedad hispánica, católica, imposibilitado de practicar sus ritos, de manifestar su diversa concepción religiosa, estimado en tanto no se sujetaba ciegamente a los ritos católicos, como enemigo, como reo de deicidio, el crimen más grave que puede cometer grupo o persona alguno.

Si el interés por estudiar seriamente la persecución de que ese grupo fue víctima durante tres siglos surge sólo a finales de la centuria decimonónica, y más concretamente en la nuestra, con historiadores como Luis González Obregón y Alfonso Toro, quienes hurgan laboriosamente en los archivos inquisitoriales y ponen de relieve rica documentación, la cual trabajan más desde un punto de vista político y social que del punto de vista de las mentalidades, de la ideología. Sólo Gabriel Méndez Plancarte penetró en nuestros días sagazmente en el pensamiento y formación cultural de Guillén de Lampart y produjo estudio sobresaliente, como el del *Psalterio regio*.

De todas formas, el interés por enfrentarse a esa minoría, por tratarla, por estimarla digna de ser novelada surge en los escritores del siglo XIX y encuentra en varios, la aceptación la simpatía, la justificación cultural.

Para ejemplificar ese tratamiento hemos escogido a dos escritores, a Justo Sierra O'Reilly y a Vicente Riva Palacio. El primero brilla y ejerce su influencia en la primera mitad del siglo, el otro en la segunda. Ambos son hombres de letras y de acción, pues actúan preponderantemente en la política, en el destino del país.

Justo Sierra O'Reilly nació el 24 de septiembre de 1814 en el pueblo de Tixcaltuyú, partido de Sotula en el lejano Yucatán, de familia de modesto pasar. Apoyado por varios familiares y eclesiásticos cursó en el Seminario Conciliar de

Mérida ambos derechos, estudios que prosiguió en el Colegio de San Ildefonso de México en donde se graduó de abogado el 21 de abril de 1838. Vuelto a Yucatán enseñó en la Universidad Literaria e ingresó en la política local como secretario de Sebastián López Llergo y como comisionado del vicegobernador Sebastián Méndez Ibarra para concertar una alianza con los Estados Unidos y defenderse de las arbitrariedades del régimen centralista, contra el que siempre luchó en compañía de otros prohombres.

El año de 1841 fundó en Campeche su primer periódico, *El Museo Yucateco*. En 1842 dio a luz varios artículos históricos y biográficos y la narración *El filibustero* que encontró buena acogida. Casó ese año con doña Concepción Méndez, hija de don Sebastián Méndez Ibarra con la que procreó cinco hijos: María Concepción (1844), María Jesús (1846), Justo (1848), Santiago (1850) y Manuel José (1852).

Actuó en la Asamblea Departamental y en la Asamblea Legislativa siempre en servicio de su provincia cuyos derechos defendió tenazmente. El año de 1845 funda un segundo periódico, el *Registro Oficial* que perduró hasta 1849.

Al ocurrir en la península la cruel Guerra de Castas que asoló esa región poniendo en peligro la vida de los habitantes blancos, Justo Sierra fue comisionado para pedir la incorporación de Yucatán a los Estados Unidos, a cambio de auxilio para contener la sublevación. En el año de 1849 edita en Campeche un tercer órgano periodístico *El Fénix*, en el cual aparte de varios escritos sobre su tierra natal, aparece en forma de folletín su novela *La hija del judío*. En 1851 va a México capital como diputado al Congreso de la Unión. Regresa en 1852 y ocupa importantes puestos: agente del Ministerio de Fomento, juez de Hacienda e inicia la redacción de su *Curso de Derecho Marítimo Internacional* que edita en México en 1854.

Su cuarto periódico lo funda en diciembre de 1855 *La Unión Liberal* que aparece hasta el 26 de julio de 1857 con calidad de periódico oficial del gobierno. Con motivo de disensiones políticas entre la familia de su esposa y otras facciones, Sierra se traslada a Mérida. En 1859 el gobierno liberal establecido en Veracruz le encargó la redacción del *Código Civil*, obra a la que se entregó con enorme entusiasmo, habiéndola concluido en 1860. El gobierno que le confirió esa

misión, dada la fama que Sierra gozaba, promulgó el 6 de diciembre de 1861 ese código, que muestra los profundos conocimientos jurídicos de su autor.

Bastante enfermo en sus últimos años, falleció a los cuarenta y seis de edad, el 15 de enero de 1861, habiendo dejado importante obra literaria, política y sociológica que le acredita como escritor activo, fluido, ameno y fiel a sus convicciones liberales.

A más de los cuatro periódicos mencionados, editó *Vida y obra de don Lorenzo de Zavala* (1846); *Impresiones de un viaje a los Estados Unidos de América y al Canadá* (en cuatro volúmenes (1851); *Los indios de Yucatán* (1857); *Un año en el Hospital de San Lázaro* (1845-1848); *Algunas leyendas; El filibustero; Diario de nuestro viaje a los Estados Unidos; La hija del judío*, (1848-1849) y otros más.

A su vez Vicente Riva Palacio y Guerrero, nieto por línea materna del general Vicente Guerrero —consumador con Agustín de Iturbide de la independencia mexicana y presidente de México por corto periodo—, fue hijo de Mariano Riva Palacio, hacendado y político influyente en el estado de México. Nacido en la ciudad de México el 16 de octubre de 1832, estudió en el Colegio de San Gregorio, por entonces plantel de claras tendencias liberales y se graduó de abogado en 1854.

Joven inquieto, fiado en el apoyo familiar, ingresó en la política y fue diputado en el Congreso Federal en 1856 y 1861. Al sobrevenir la intervención y el Imperio de Maximiliano, fiel a su cepa liberal se afilió a los guerrilleros que combatían a los imperialistas; figuró en numerosas acciones con lo que llegó a la larga a adquirir el grado de general. Nombrado gobernador del estado de México en 1863, lo fue después del de Michoacán en 1865 en el que permaneció hasta 1867 pacificando la región de occidente. En este último año forma parte del contingente con el que Mariano Escobedo puso sitio a Querétaro, forzando la caída del Impedio y la muerte del emperador y sus leales amigos Miguel Miramón y Tomás Mejía.

En la ciudad de México interviene activamente en la política y traba amistad con varios intelectuales liberales como Juan A. Mateos, Manuel Payno, Rafael Martínez de la Torre con quienes publica varias obras en colaboración. Ocupa diversos puestos en la administración juarista, pero no ve con

buenos ojos la de Sebastián Lerdo de Tejada a la cual combate tanto con sus escritos como participando en diversos movimientos rebeldes, entre otras algunos de los que encabezó el valiente general Miguel Negrete, héroe de la batalla del cinco de mayo contra las fuerzas francesas.

Contra la política de don Sebastián edita su periódico satírico *El Ahuizote* que mina la administración de Lerdo. Empleó ese nombre que quiere decir el destructor, el perturbador, el que molesta, en recuerdo del rey Ahuizotl que fue un flagelo para los pueblos enemigos de los aztecas. Igualmente atacó a la administración del presidente Manuel González, quien le hizo encarcelar en 1884.

Don Porfirio Díaz en la presidencia le nombró magistrado de la Suprema Corte de Justicia y secretario de Fomento, pero siempre inquieto, ambicioso y dado a la maledicencia, don Porfirio prefirió alejarlo del país con honores, haciéndolo ministro de México en España a donde partió en 1886. En ese puesto se hizo de numerosos amigos por su simpatía, desplantes y conocimientos. El 22 de noviembre de 1896 falleció en Madrid, en donde su nombre había adquirido fama.

Hombre culto, simpático, escritor ameno y fecundo, distinguióse tanto por sus escritos políticos, como por sus novelas buena parte de ellas historia novelada con alguna base documental, como por las biografías de sus contemporáneos que tituló *Los Ceros* (1882); una crítica del régimen lerdista, aparecida como *Historia de la administración de Don Sebastián Lerdo de Tejada* (1875); varios tomos de poemas *Páginas en verso* (1885) y *Mis versos* (1893).

Consciente de que el grupo liberal debía dejar plasmada su verdad histórica con la cual era necesario orientar la mentalidad mexicana, encabezó con el patrocinio del general Díaz, la redacción y publicación de la monumental obra *México a través de los siglos*, distribuida en cinco volúmenes escritos por Alfredo Chavero, Julio Zárate, Enrique de Olavarría y Ferrari, José María Vigil y él mismo quien redactó el volumen segundo correspondiente al Virreinato. Esa obra que aún no ha sido superada, pese a haber aparecido hace más de noventa años, revela el espíritu total del liberalismo mexicano, sus simpatías y diferencias, sus fobias y filias. Es una obra muy bien construida, excelentemente informada y poseedora de una ideología firme, sólida, en la cual todavía

se basa la opinión oficial mexicana en cuestiones históricas.

Riva Palacio, cuando ocupaba altos puestos, obtuvo que el Archivo General de la Nación le facilitara en préstamo numerosos volúmenes del Ramo de *Inquisición*, que examinó con la idea de encontrar apoyo a sus presupuestos ideológicos y cuya documentación, mezclada con una fantástica imaginación y las influencias de la novela histórica o historia novelada vigente en la Europa de la época, le sirvió para elaborar sus obras. Así escribió: *Monja y casada, virgen y mártir. Historia de los tiempos de la inquisición* (1868); y su continuación que fue *Martín Garatuza* (1868); *Las dos emparedadas* (1869); *Los piratas del Golfo* (1869); *La vuelta de los muertos* (1870); *El Libro Rojo* (1871) con la colaboración de Manuel Payno, Juan A. Mateos y Rafael de la Torre; *Don Guillén de Lampart, rey de México* (1872). De otro tipo aunque ligada al grupo de novelas históricas como llamó a todas éstas, está *Calvario y Tabor* (1868). De gran amenidad y dentro del género costumbrista están los *Cuentos del General*, editados en Madrid en 1896. Su vida de escritor fue fecunda, sus obras leídas con entusiasmo, lo son hasta el día por su fluidez, el color que imprime a sus narraciones, la caracterización de sus personajes y el interés que no decae en lo absoluto.

La época en la cual Riva Palacio escribe su obra es la que marca el apogeo de la novela mexicana. Al lado de él figuran otros novelistas de fuste como Eligio Ancona con sus obras: *La cruz y la espada* (1866); *El filibustero* (1866) y *Los Mártires de Anáhuac* (1870); Pascual Almazán con *Un hereje y un musulmán* (1870); Enrique de Olavarría y Ferrari con *El tálamo y la horca* (1868); y Juan A. Mateos con *El Cerro de las Campanas* (1868).

De los dos autores que escogimos, seleccionamos dos de sus obras principales. De Justo Sierra O'Reilly es *La hija del judío*, aparecida como novela de folletín en el periódico *El Fénix* del 1 de noviembre de 1848 al 25 de diciembre de 1849, y de Vicente Riva Palacio, su novela *Martín Garatuza*, que vio la luz en México en 1868.

Los autores que se ocupan de la novela mexicana, entre otros Ralph E. Warner, Ernest R. Moore, entre los extranjeros, y de los mexicanos Carlos González Peña, Julio Jiménez Rueda, José Rojas Garcidueñas y Antonio Castro Leal, han puesto de relieve la influencia que la novela histórica euro-



pea, principalmente la de Alejandro Dumas, Eugenio Sue, Walter Scott, Buller Lytton, Chateaubriand y otros ejercieron en los novelistas mexicanos. Tanto los autores que publicaron sus novelas en folletines de *La Presse*, *Le Siècle*, *le Journal des Debats* y en *Le Constitutionnel*, como Dumas, Sue, Chateaubriand y los que escribieron *Ivanhoe*, *Los últimos días de Pompeya*, *Rienzo*, fueron bien conocidos y estimados por los escritores mexicanos del siglo XIX y en buena medida les sirvieron de pauta.

Sierra O'Reilly ha sido considerado como el primer novelista histórico mexicano. Firmó sus novelas con el pseudónimo de José Turriza y tanto en *Un año en el hospital de San Lázaro*, *El filibustero* y *La hija del judío*, penetra ágilmente en la descripción de sus personajes, en la sucesión de escenas que liga diestramente, sin que se pierda el interés de la narración con descripciones superfluas, manteniendo de esta suerte la atención del lector. La habilidad con la que mueve sus personajes, la penetración psicológica de los mismos, la fluidez para desenvolver la trama a la que llena de actos sorprendidos, golpes teatrales, misterio e intriga de tal suerte que pueden considerarse ciertos episodios como de auténtica *suspense* hacen de la obra de Sierra O'Reilly, frutos excelentes no sólo de la novela de folletín, sino de la novela mexicana del siglo XIX.

*La hija del judío*, su novela mejor y más conocida ha sido juzgada con benevolencia por propios y extraños. J. Lloyd Read al referirse a sus personajes indica que Sierra "da a los personajes de la novela una resurrección literaria que los mantiene vivos y dignos de la simpatía o la antipatía del lector". Añade que en esa novela "se encuentra por primera vez en la novela mexicana un argumento armonioso en su conjunto con algunos subargumentos, logrando que se equilibren en bien combinado enlace", y que uno de los "rasgos más atractivos es la forma en que, en el mecanismo de la trama, utiliza Sierra el misterio, elemento que sus predecesores habían sido incapaces de aprovechar."

Antonio Castro Leal, con su amplio saber y fina penetración la llama "cautivadora y entretenida" y estima que Sierra no es el precursor de la novela histórica sino el verdadero iniciador. Y al discernir el valor histórico de la novela, que se aleja de la realidad objetiva, indica que ello no empequeñece el mé-

rito de *La hija del judío*, pues: “la novela histórica es novela antes que historia y está regida por el arte, que puede retocar o recomponer la realidad según lo exijan las finalidades estéticas de la narración. Es más bien digno de alabanza el creador literario que se aparta de la fidelidad histórica para llegar a pintar, con pincel más persuasivo y con mayor vigor de síntesis, el verdadero carácter de determinada época pasada.”

En verdad, *La hija del judío* es una novela que por la habilidad que tiene su trama no envejece, mantiene la esencia de los escritos románticos, y su narración prende y entretiene al lector. Respecto al argumento, éste refiere el amor apasionado de los adolescentes, Luis de Zubiaur y María de Monsreal, hijo el primero de un acaudalado y orgulloso vecino de Campeche, Juan de Zubiaur, quien ensoberbecido con sus prósperos negocios e influencia que ejerce en la sociedad de su época, desdeña a quienes no poseen su misma posición social. María es hija de Felipe Álvarez de Monsreal y de María Altagracia de Gorozica. Don Felipe sufre el agravio de que por ambiciones se le tilde de judío, lo que le acarrea persecución del Santo Oficio, cuyos funcionarios apetecen su rico patrimonio. Su encarcelamiento origina la desgracia de la familia, y María a quien se le segrega y carga con el achaque de “hija del judío”, es recogida y educada por un honrado e influyente vecino de Mérida, Alonso de la Cerda, y su mujer, quienes le dan cariño y defensa, estimándola como su hija. Los personajes malos de la intriga son el gobernador de Yucatán, el conde de Peñalva, quien caracteriza a los funcionarios venales, crueles y ambiciosos de la administración colonial y su adláter el tuerto Juan de Hinestrosa. Reflejo del mal eclesiástico, lleno de codicia y tortuoso, es Gaspar Gómez y Güemez, deán de la catedral de Mérida y comisario del Santo Oficio quien encarna el espíritu cerrado del clero, la perfidia de los inquisidores y el poder temporal y espiritual de la Iglesia dentro de la sociedad colonial.

Aunque eclesiásticos, el padre prepósito de San Javier y su socio el padre Noriega, jesuitas ambos, representan junto con los esposos de la Cerda, el lado bueno, el aspecto noble de la humanidad, los seres que con su bondad e inteligencia luchan contra las fuerzas de la obscuridad y el mal y la vencen.

La pintura que Sierra hace de los jesuitas es notable: los dibuja con vivos colores, los envuelve con los atributos de

la inteligencia, de la sagacidad, de la perseverancia. Si otros escritores, y Sierra lo reconoce, retrataron a la Compañía como una sociedad intrigante y tenebrosa que ejerció influjo pernicioso en las mentes, éste se coloca lejos de esa posición y estima que por lo menos en su provincia, en Yucatán, "hicieron mucho bien, difundiendo las luces entre la ignorante juventud de aquellos tiempos." En Sierra el recuerdo de los años pasados en San Ildefonso fue positivo, lo que explica su posición. No salió de ahí, como tantos otros estudiantes educados en colegios religiosos, convertido en anticlerical come-curas, sino que su opinión en torno de los hijos de San Ignacio, de su preparación, inteligencia, penetración psicológica e influjo social es grande. No se puede decir que haya tenido la misma opinión respecto a otros grupos, como los franciscanos cuyo espíritu misionero en la época en la que él escribe, había cesado, o como el Santo Oficio.

De la administración colonial es censor agudo. Subraya sus vicios, deficiencias y las lacras burocráticas que heredó al México independiente. La negra pintura que hace del conde de Peñalva y sus esbirros, y que traslada a la de su época, muestra el juicio de un republicano liberal en torno de la pesada casta política que por trescientos años dominó a Nueva España.

Otros personajes de la novela si bien importan a la trama resultan incidentales; lo que nos preocupa es la conceptualización que, según el novelista, tuvo la sociedad colonial en torno de los judíos. Si con gran agudeza Sierra delinea la opinión general de rechazo que el común del pueblo, incluso las clases elevadas, tenían acerca de los judíos y pone en la doncella María el estigma de descender de antepasados semitas por lo cual es despreciada y escarnecida, en el desarrollo de la novela, con gran sorpresa de los lectores troca el cargo de ser judío, al más acerbo de los enemigos de los judíos, a Juan de Zubiaur, casado ignorantemente con una doncella de origen hebreo, por lo cual ese cargo recaía en su hijo Luis, apasionado enamorado de María y fiel instrumento en manos de los jesuitas quienes se mostraban tolerantes de ese hecho.

En *La hija del judío* el rechazo a ésta no se apoya en la práctica de una religión y ritos diferentes, no se habla de prácticas ocultas de judaizantes, de recién conversos que mantienen su antiguo ritual y creencias, de renegados a la religión

nuevamente aceptada más por el temor que por el consentimiento. No existe una comunidad hebrea hábil en el comercio y la banca y por tanto recelada envidiosamente por los otros grupos. Tampoco se trata de una clase de bajo y ruin rango social, de escasa fortuna y de vergonzoso estado social. Tanto Felipe de Monsrael y su familia, como Juan de Zubiaur y la suya, están colocados en los más altos escalones de la sociedad yucateca; poseen amplia fortuna, negocios prósperos y estima y consideración de sus semejantes, avalados por el rango que les otorgaba amplia ejecutoria oficial, mediante la cual su condición hijosdalga, noble y limpia se subrayaba.

¿Cuál era entonces la razón del rechazo? En los personajes de la novela se advierte primero una consideración general de repudio hacia la sociedad judía, lo cual impulsaba vivamente la Inquisición como instrumento de la política real, cambiante por razones económicas y políticas. Los personajes eclesiásticos, el preposito, no revelan ninguna animadversión a los descendientes de Israel, mantienen abierta actitud de tolerancia hacia ellos, igual que el arzobispo de Yucatán. El deán y comisario de la Inquisición, si bien actúa como fanático y enemigo de ellos, más lo hace por cumplir sus funciones inquisitoriales, por ser instrumento fiel del Santo Oficio, intolerante y cerrado agente de la política estatal y principalmente por beneficiarse económicamente con la fortuna de los connotados como judíos.

Ninguno de los mencionados aplica a los infamados con ese rango el calificativo de deicidas, ninguno los cree anatematizados por la sola práctica de su fe. El padre Noriega cuando trata de alejar del corazón del estudiante Luis Zubiaur el apasionado amor que siente por María, si recurre a inculcarle menosprecio y odio por ellos insinuándole a que crea que “un judío es la peste de la sociedad”, “y no tiene perdón de nadie”, debe ser odiado y rechazado por todos” y “con él no hay indulgencia ni conmiseración”, y “aunque sea un honesto ciudadano, de costumbres rígidas, celoso del cumplimiento de sus deberes públicos y privados, útil a sus semejantes... En suma, debe rechazársele, evitarse su contacto y andar de él tan lejos como sea posible”. “La raza hebrea —concluye el jesuita en esta argumentación— es una raza maldita de Dios y de los hombres, y tanto por las leyes civiles...” Y finalmente para remachar en el colegial esa idea, acaba afirmando: “Un judío,

por, mas virtuoso y recomendable que sea, no deja de ser judío.”

En ese diálogo conminatorio, el padre Noriega expone los argumentos que ordinariamente corrían contra los judíos, aun cuando él, como se ve en el desarrollo de la novela no está de acuerdo con ellos y por lo tanto no obre con ese criterio.

Doñ Juan de Zubiaur por su parte quien dolorosamente sabrá que por la sangre de su hijo Luis corre sangre judía, afirmará a lo largo de la narración que ‘el antijudaísmo es una preocupación de la sociedad, “que no existe derecho para que a un miembro de la raza judía se le ultraje, veje y oprima”, pero se opone a que su hijo contraiga matrimonio con la hija de un proscrito y estima que ello sería un deslustre de la nobleza de su familia, pues estima que “no hay virtud ni honor cuando la sangre es impura”. En suma cree que la procedencia judía deslustra, amengua o hace perder la nobleza, el rango social. En este caballero lo que interesa es la dignidad que dentro de un grupo se tiene por razón de preeminencia, de fortuna, de servicios al Estado y los honores que éste otorga.

Tal es la posición que en esta novela de Sierra O’Reilly guarda la minoría judía.

Ahora veamos el otro caso, el que figura en la obra de Vicente Riva Palacio, en *Martín Garatuza*.

A dos décadas de haberse publicado en Mérida Yucatán y en folletín *La hija del judío*, aparece en la ciudad de México *Martín Garatuza* que guarda cierta continuidad con *Monja y casada, virgen y mártir*. En *Martín Garatuza* que revela los móviles nacionalistas del grupo criollo en el siglo xvii, son los dos personajes femeninos más salientes —doña Juana y doña Esperanza de Carvajal, madre e hija—, los estigmatizados por su origen judío.

La madre, cuya historia no sólo es dramática sino trágica, pues vio morir a su madre y tías en las hogueras de la Inquisición y aunque descendiente del último emperador tenochca y dueña de rica fortuna que le permite sobrevivir, lleva una existencia semioculta por el temor de ser juzgada como descendiente de judíos. Consciente de su posición, estima que tanto ella como los criollos son subestimados, despreciados, discriminados de todos los puestos civiles y eclesiásticos, condición que debe terminar liberándose mediante una revuelta que transtroque el orden colonial. Por ello, actúa como impulsora

de una conspiración destinada a ese fin, en la cual el padre Alfonso Salazar fungía como ideólogo, como conductor de las reclamaciones criollas. El hermano del eclesiástico, don Leonel de Salazar, joven impetuoso y valiente estaba enamorado de su prima doña Esperanza de quien era correspondido. La madre de ella no deseaba que su hija mantuviera relaciones con Leonel pues temía que ella, por su origen, sufriera desilusiones y amarguras, fuera despreciada por su condición de criolla con sangre judía. El padre de don Alfonso y de don Leonel sabeedor de que Esperanza tenía ese origen, por haber sido su esposa prima de doña Juana, trata de disuadir a Leonel de ese noviazgo, pues estima que Esperanza descende de "raza de judaizantes que no honran con su amistad a cristianos viejos". Entre el temor de la madre de que su hija se desilusione ante la imposibilidad de librarse de "una mancha que nada es capaz de borrar" y que imposibilitaría su boda; y el temor del viejo Salazar de que su hijo pretendiera a una mujer con la cual no podía unirse y la cual agravaría su situación de criollo, gira el sentimiento de repulsión hacia los judíos.

Doña Juana actúa como fanática ante la discriminación que se hace de criollos y judíos; el padre de don Leonel, español de abolengo, desestima a sus hijos criollos, teme todo contacto con los judíos a los que estima como "sepulcros blanqueados". En personajes secundarios, entre gente del pueblo se ponen expresiones reveladoras de la conceptualización que el vulgo tenía de los judíos. Así al narrarse los preparativos de un auto de fe en que la familia de los Carbajal fue condenada, un personaje explica a otro la razón de esa condena al decirle: "Están convictas y confesas de judaizantes y de que celebran los sábados y la Pascua, comían el cordero, y señalaban sus casas con la sangre del cabrito, como dicen que hacían los judíos, y otras mil cosas." Con que así eran de malas responde el acompañante: —Sí y lo que es peor, que tenían comercio con el demonio. —¿Con el demonio? —En carne y hueso, y eso que yo mismo lo ví". Así con esos achaques que circulaban de boca en boca se justificaban los autos de fe de la Inquisición que aterrorizaban a los seres comunes.

El sentimiento antisemita surge de la condenación que el Tribunal de la Fe hacía de las prácticas de los judaizantes, por relapsos, por violar la promesa de vivir alejados de la ley

mosaica y profesar rectamente el cristianismo, condenación que se hacía pública para que se conociera la gravedad del hecho. Era la aceptación de que el grupo judío no debía volver a su antigua religión que estaba proscrita y que la Inquisición tenía el deber de perseguirlo y condenarlo si insistía en ello. El pueblo tenía que creer cuantas consejas se inventaran y entre más malas mucho mejor.

Riva Palacio que leyó cuidadosamente los procesos inquisitoriales contra Treviño de Sobremonte, Guillén de Lampart y los lugares comunes e hizo una historia entretenida que revela como la sociedad colonial, vigilada celosamente por la Inquisición, tenía ciertos prejuicios por los judíos, por los criollos, por los mestizos y por los negros. Su relato significa una exaltación del espíritu criollo nacionalista que lucha a todo trance por obtener una situación de preeminencia y también la del grupo indigenista que luchaba por la reinstalación en el trono de México a los descendientes de Moctezuma, de Cuauhtémoc. Riva Palacio quien pese a su simpatía por esa última causa, no deja de preferir a los criollos, estima que éstos, al liberarse de sus opresores, liberarán igualmente al indígena.

En resumen, una mayor profundización del tema, un interés más vasto por explicar la posición de la sociedad colonial ante la imagen del judío, encontramos en la novela de Sierra que en la de Riva Palacio, quien pese a haber contado con riquísimo arsenal de noticias en torno de los procesos contra los judíos, no supo o no quiso ahondar ese tema.

En su obra histórica, el tomo segundo de *México a través de los siglos*, revela un manejo más inteligente y hábil de la documentación que tuvo a la mano. En este volumen, pese a su criterio de militante liberal y anticlerical, se ajusta más a los hechos; mas en la novela, entreteje historias inconcebibles para reforzar su trama, pero ellas le quitan verosimilitud, le hacen no delinear suficientemente a sus personajes ni precisar en ellos los sentimientos antijudaicos, ni las razones de los mismos.

Más elementos podrían encontrarse en otras obras, mas basta con el planteamiento sumario de estas dos para percatarnos como en la novela mexicana del siglo XIX es tratado el problema de la alteridad, en ocasiones con profundidad, otras veces deleznablemente. En una sociedad plural como la mexicana, resultaban muchos grupos un tanto diferentes, mas el fenó-

meno del mestizaje biológico y cultural era patente y aceptado por esa sociedad, en la cual la distinción más saliente era la del estatus socioeconómico. La diferencia religiosa no resultaba ya problemática en virtud del espíritu de tolerancia que la ilustración y el liberalismo habían difundido.